

RITA.

Quiero ver si...

D^a. FRANCISCA.

Está escribiendo.

RITA.

Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza á anochecer... Señorita, lo que la he dicho á V. es la verdad pura. Don Félix está ya en Alcalá.

D^a. FRANCISCA.

¿Qué dices? No me engañes.

RITA.

Aquel es su cuarto.... Calamocha acaba de hablar conmigo.

D^a. FRANCISCA.

¿De veras?

RITA.

Si señora... Y le ha ido á buscar para...

D^a. FRANCISCA.

¿Con que me quiere?.. ¡Ay Rita! Mira tú si hicimos bien de avisarle... ¿Pero ves que fineza?... ¿Si vendrá bueno? ¡Correr tantas leguas solo por verme.... porque yo se lo mando!... ¡Que agradecida le debo estar!.. Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

RITA.

Voy á traer luces. Procuraré detenerme por allá abajo hasta que vuelvan... Veré lo que dice y qué piensa hacer, porque hallándonos todos aquí, pudiera haber una de Satanas entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

D^a. FRANCISCA.

Dices bien... Pero no, él tiene resolución y talento, y sabrá determinar lo mas conveniente.... ¿Y como

has de avisarme?.. Mira que así que llegue le quiero ver.

RITA.

No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca... ¿me entiende V.?

D^a. FRANCISCA.

Sí, bien.

RITA.

Pues entonces no hay mas que salir con cualquiera excusa. Yo me quedaré con la señora mayor, la hablaré de todos sus maridos y de sus concuñados, y del obispo que murió en el mar.... Además, que si está allí don Diego...

D^a. FRANCISCA.

Bien, anda, y así que llegue...

RITA.

Al instante.

D^a. FRANCISCA.

Que no se te olvide toser.

RITA.

No haya miedo.

D^a. FRANCISCA.

¡Si vieras que consolada estoy!

RITA.

Sin que V. lo jure, lo creo.

D^a. FRANCISCA.

¿Te acuerdas cuando me decia que era imposible apartarme de su memoria, que no habria peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellara por mí?

RITA.

Sí, bien me acuerdo.

D^a. FRANCISCA.

Ah!... Pues mira como me dijo la verdad.

(Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene; Rita, por la puerta del foro.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

(Teatro oscuro.)

DOÑA FRANCISCA.

Nadie parece aun... (Acércase á la puerta del foro y vuelve.) ¡Que impaciencia tengo!.. Y dice mi madre que soy una simple, que solo pienso en jugar y reir, y que no sé lo que es amor... Sí, diez y siete años y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

D^a. IRENE.

Sola y á oscuras me habeis dejado allí.

D^a. FRANCISCA.

Como estaba V. acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aquí, que está mucho mas fresco.

D^a. IRENE.

¿Pero aquella muchacha qué hace, que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una pólvora... (Siéntase.) Sea todo por Dios... ¿Y don Diego no ha venido?

D^a. FRANCISCA.

Me parece que no.

D^a. IRENE.

Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sentido, y con muchísima razón...

D^a. FRANCISCA.

Bien; si señora, ya lo sé. No me riña V. mas.

D^a. IRENE.

No es esto reñirte, hija mia; esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando.... Médicos, botica.... Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coluquintida y asafétida.... Mira que un casamiento como el que vas á hacer, muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tias, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus méritos ni á mi diligencia... ¿Qué dices?

D^a. FRANCISCA.

Yo, nada, mamá.

D^a. IRENE.

Pues, nunca dices nada. ¡Válgame Dios, señor!.. En hablándote de esto no te ocurre nada que decir.

ESCENA III.

RITA, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

(Rita sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa.)

D^a. IRENE.

Vaya, muger, yo pensé que en todo la noche no venias.

RITA.

Señora, he tardado porque han tenido que ir á comprar las velas. Como el tufo del velon le hace á V. tanto daño...

D^a. IRENE.

Seguro que me hace muchísimo mal, con esta jaqueca que padezco... Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos; si no me sirvieron de nada. Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, deja una luz ahí y llévate la otra á mi cuarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

RITA.

Muy bien.

*(Toma una luz y hace que se va.)*D^a. FRANCISCA, *aparte á Rita.*

¿No ha venido?

RITA.

Vendrá.

D^a. IRENE.

Oyes, aquella carta que está sobre la mesa dásela al mozo de la posada para que la lleve al instante al correo... *(Vase Rita al cuarto de doña Irene.)* Y tú, niña, ¿que has de cenar? Porque será menester recogernos presto para salir mañana de madrugada.

D^a. FRANCISCA.

Como las monjas me hicieron mendrar...

D^a. IRENE.

Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero para el abrigo del estómago... *(Sale Rita con una carta en la mano, y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, según lo indica el diálogo.)* Mira, has de calentar el caldo que apartámos al medio día, y haznos un par de tazas de sopas, y tráctelas luego que estén.

RITA.

¿Y nada mas?

D^a. IRENE.

No, nada mas.... Ah! y házmelas bien caldositas.

RITA.

Sí, ya lo sé.

D^a. IRENE.

Rita!

RITA.

Otra. ¿Qué manda V.?

D^a. IRENE.

Encarga mucho al mozo que lleve la carta al instante... Pero, no señor, mejor es... No quiero que la lleve él, que son unos borrachones, que no se les puede.... Has de decir á Simon que digo yo que me haga el gusto de echarla en el correo: lo entiendes?

RITA.

Sí señora.

D^a. IRENE.

Ah! mira.

RITA.

Otra.

D^a. IRENE.

Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí, de modo que no se caiga y se me lastime... *(Vase Rita por la puerta del foro.)* ¡Que noche tan mala me dió!... ¡Pues no se estuvo el animal toda la noche de Dios cantando el Malbruc y la Jota!... Ello por otra parte divertía, cierto... pero cuando se trata de dormir...

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

D^a. IRENE.

Pues mucho será que don Diego no haya tenido algun encuentro por ahí y eso le detenga. Cierito que es un señor muy mirado, muy puntual... ¡Tan buen cristiano! tan atento! tan bien hablado! ¡Y con que garbo y gene-

rosidad se porta!.. Ya se ve, un sugeto de bienes y de posibles... ¡Y que casa tiene! Como un ascuá de oro la tiene... Es mucho aquello. ¡Que ropa blanca! que batería de cocina! y que despensa, llena de cuanto Dios crió!.. Pero tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.

D^a. FRANCISCA.

Si señora, bien lo oigo; pero no la queria interrumpir á V.

D^a. IRENE.

Allí estarás, hija mia, como el pez en el agua: pajaritas del aire que apetecieras las tendrías, porque como él te quiere tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa de veras el que siempre que te hablo de esto, hayas dado en la flor de no responderme palabra.... ¡Pues no es cosa particular, señor!

D^a. FRANCISCA.

Mamá, no se enfadá V.

D^a. IRENE.

¿No es buen empeño de...? ¿Y te parece á tí que no sé yo muy bien de donde viene todo eso?... ¿No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito?... ¡Perdóneme Dios!

D^a. FRANCISCA.

Pero... Pues ¿qué sabe V.?

D^a. IRENE.

¿Me quieres engañar á mí, eh? ¡Ay hija! He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetración para que tú me engañes.

D^a. FRANCISCA, *aparte.*

¡Perdida soy!

D^a. IRENE.

Sin contar con su madre... como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que, aunque no hubiera sido con esta ocasion, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aun-

que hubiera tenido que ir á pie y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... ¡Mire V. que juicio de niña este! Que, porque ha vivido un poco de tiempo entre monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella monja tambien... Ni qué entiende ella de eso, ni qué... En todos los estados se sirve á Dios, Frasquita; pero el complacer á su madre, asistirle, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligacion de una hija obediente. Y sépalo V., si no lo sabe.

D^a. FRANCISCA.

Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla á V.

D^a. IRENE.

Sí, que no sé yo...

D^a. FRANCISCA.

No señora, créame V. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

D^a. IRENE.

Mira si es cierto lo que dices.

D^a. FRANCISCA.

Si señora, que yo no sé mentir.

D^a. IRENE.

Pues hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás si no te portas en un todo como corresponde.... Cuidado con ello.

D^a. FRANCISCA, *aparte.*

¡Pobre de mí!

ESCENA V.

DON DIEGO, DOÑA IRENE,
DOÑA FRANCISCA.*(Don Diego sale por la puerta del foro, y deja sobre la mesa sombrero y baston.)*D^a. IRENE.

¿Pues como tan tarde?

D. DIEGO.

Apenas salí, tropecé con el Rector

de Málaga y el doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos no me han querido soltar... (*Siéntase junto á doña Irene.*) Y á todo esto, ¿como va?

D.^a. IRENE.
Muy bien.

D. DIEGO.
¿Y doña Paquita?

D.^a. IRENE.
Doña Paquita siempre acordándose de sus monjas. Ya la digo que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar solo en dar gusto á su madre y obedecerla.

D. DIEGO.
¿Qué diantre! ¿Con que tanto se acuerda de...

D.^a. IRENE.
¿Qué se admira V.? Son niñas.... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad, así tan...

D. DIEGO.
No, poco á poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo mas enérgicas y decisivas que en la nuestra; y por cuanto la razon se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazon son mucho mas violentos... (*Asiendo de una mano á doña Francisca la hace sentar inmediata á él.*) Pero de veras, doña Paquita, ¿se volveria V. al convento de buena gana?.. La verdad.

D.^a. IRENE.
Pero si ella no...

D. DIEGO.
Déjela V., señora, que ella responderá.

D.^a. FRANCISCA.
Bien sabe V. lo que acabo de decir-la... No permita Dios que yo la dé que sentir.

D. DIEGO.
Pero eso lo dice V. tan afligida y...

D.^a. IRENE.
Si es natural, señor. ¿No ve V. que...

D. DIEGO.
Calle V. por Dios, doña Irene, y no me diga V. á mí lo que es natural. Lo que es natural es que la chica esté llena de miedo, y no se atreva á decir una palabra que se oponga á lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mia, que estábamos lucidos.

D.^a. FRANCISCA.
No señor, lo que dice su merced, eso digo yo; lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedecere.

D. DIEGO.
¿Mandar, hija mia!.. En estas materias tan delicadas, los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan; eso sí, todo eso sí; pero mandar!.. ¿Y quien ha de evitar despues las resultas funestas de lo que mandaron?.. ¿Pues cuantas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera?.. Eh! No señor, eso no va bien... Mire V., doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar perdidamente á nadie; pero tampoco he creído imposible que una muchacha de juicio y bien criada llegase á quererme con aquel amor tranquilo y constante que tanto se parece á la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo, no he ido á buscar ninguna hija de familia de estas que viven en una decente libertad.... Decente; que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. Pero ¿cual seria entre todas ellas la que no estuviere ya prevenida en favor de otro amante mas apeteci-

ble que yo? ¡Y en Madrid! figúrese V. en un Madrid!... Lleno de estas ideas, me pareció que tal vez hallaría en V. todo cuanto yo deseaba.

D.^a. IRENE.
¿Y puede V. creer, señor don Diego, que...

D. DIEGO.
Voy á acabar, señora, déjeme V. acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como V. las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devocion y la virtud; pero si á pesar de todo esto la imaginacion acalorada, las circunstancias imprevistas la hubiesen hecho elegir sugeto mas digno, sepa V. que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo; mi corazon y mi lengua no se contradicen jamás. Esto mismo la pido á V., Paquita, sinceridad. El cariño que á V. la tengo no la debe hacer infeliz... Su madre de V. no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si V. no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algun otro cuidadillo en su corazon, créame V., la menor disimulacion en esto nos daría á todos muchísimo que sentir.

D.^a. IRENE.
¿Puedo hablar ya, señor?

D. DIEGO.
Ella, ella debe hablar, y sin apun-tador, y sin interprete.

D.^a. IRENE.
Cuando yo se lo mande.

D. DIEGO.
Pues ya puede V. mandárselo, porque á ella la toca responder.... Con ella he de casarme, con V. no.

D.^a. IRENE.
Yo creo, señor don Diego, que ni

con ella ni conmigo. ¡En que concepto nos tiene V.!.. Bien dice su padrino, y bien claro me lo escribió pocos dias ha, cuando le di parte de este casamiento. Que aunque nó la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo; y á cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta como está, y continuamente nos envia memorias con el ordinario.

D. DIEGO.
Y bien, señora, ¿qué escribió el padrino?... O por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

D.^a. IRENE.
Si señor que tiene que ver, si señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á V. que ni un memorialista práctico hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre el matrimonio de la niña.... Y no es ningun catedrático, ni bachiller, ni nada de eso; sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada con un empleillo infeliz en el ramo del viento, que apenas le da para comer... Pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia, y escribe que da gusto... Casi toda la carta venia en latin, no le parezca á V., y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.

D. DIEGO.
Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que á V. la deba disgustar.

D.^a. IRENE.
Pues ¿no quiere V. que me disguste oyéndole hablar de mi hija en unos términos que... ¡Ella otros amores ni otros cuidados!.. Pues si tal hubiera... ¡válgame Dios!.. la mataba á golpes, mire V.... Respóndele, una vez que quiere que hables y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en

Madrid cuando tenias doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa muger. Dise- lo para que se tranquilice, y...

D. DIEGO.

Yo, señora, estoy mas tranquilo que V.

D^a. IRENE.

Respóndele.

D^a. FRANCISCA.

Yo no sé qué decir. Si Vds. se en- fadan.

D. DIEGO.

No, hija mia; esto es dar alguna espresion á lo que se dice: pero ¡en- fadarnos! no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

D^a. IRENE.

Si señor que lo sé, y estoy suma- mente agradecida á los favores que V. nos hace... Por eso mismo...

D. DIEGO.

No se hable de agradecimiento: cuanto yo puedo hacer, todo es po- co.... Quiero solo que doña Paquita esté contenta.

D^a. IRENE.

¿Pues no ha de estarlo? Responde.

D^a. FRANCISCA.

Si señor que lo estoy.

D. DIEGO.

Y que la mudanza de estado que se la previene, no la cueste el menor sentimiento.

D^a. IRENE.

No señor, todo al contrario... Boda mas á gusto de todos no se pudiera imaginar.

D. DIEGO.

En esa inteligencia, puedo asegu- rarla que no tendrá motivos de arre- pentirse despues. En nuestra compa- ñia vivirá querida y adorada; y espe- ro que á fuerza de beneficios le de merecer su estimacion y su amistad.

D^a. FRANCISCA.
Gracias, señor don Diego... ¡A una huérfana, pobre, desvalida como yol..

D. DIEGO.

Pero de prendas tan estimables, que la hacen á V. digna todavia de mayor fortuna.

D^a. IRENE.

Ven aqui, ven... Ven aqui, Paquita.

D^a. FRANCISCA.

Mamá!

(Levántase doña Francisca, abraza á su madre y se acarician mutuamente.)

D^a. IRENE.

¿Ves lo que te quiero?

D^a. FRANCISCA.

Si señora.

D^a. IRENE.

¿Y cuanto procuro tu bien, que no tengo otro pío sino el de verte colo- cada antes que yo falte?

D^a. FRANCISCA.

Bien lo conozco.

D^a. IRENE.

¡Hija de mi vida! ¿Has de ser buena?

D^a. FRANCISCA.

Si señora.

D^a. IRENE.

¡Ay, que no sabes tú lo que te quie- re tu madre!

D^a. FRANCISCA.

¿Pues qué, no la quiero yo á V.?

D. DIEGO.

Vamos, vamos de aquí. (Levántase don Diego, y despues doña Irene.) No venga alguno y nos halle á los tres llorando como tres chiquillos.

D^a. IRENE.

Si, dice V. bien.

(Vanse los dos al cuarto de doña Irene. Doña Francisca va detrás; y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace de- tener.)

ESCENA VI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita... Eh! chit... señorita...

D^a. FRANCISCA.

¿Qué quieres?

RITA.

Ya ha venido.

D^a. FRANCISCA.

Como?

RITA.

Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo, con licencia de V., y ya sube por la escalera.

D^a. FRANCISCA.

¡Ay Dios!.. ¿Y qué debo hacer?

RITA.

¡Donosa pregunta!.. Vaya, lo que importa es no gastar el tiempo en me- lindres de amor... Al asunto... y ju-icio. Y mire V. que en el paraje en que estamos, la conversacion no pue- de ser muy larga... Ahí está.

D^a. FRANCISCA.

Si... Él es.

RITA.

Voy á cuidar de aquella gente.... Valor, señorita, y resolucion.

(Rita se va al cuarto de doña Irene.)

D^a. FRANCISCA.

No, no, que yo tambien.... Pero no lo merece.

ESCENA VII.

D. CARLOS, D^a. FRANCISCA.

(Sale don Carlos por la puerta del foro.)

D. CARLOS.

Paquita!... vida mia!... Ya estoy aquí.. ¿Como va, hermosa, como va?

D^a. FRANCISCA.

Bien venido.

D. CARLOS.

¿Como tan triste?... ¿No merece mi llegada mas alegría?

D^a. FRANCISCA.

Es verdad; pero acaban de suce- derme cosas que me tienen fuera de mí... Sabe V... Si, bien lo sabe V.... Despues de escrita aquella carta, fue- ron por mí... Mañana á Madrid... Ahí está mi madre.

D. CARLOS.

¿En donde?

D^a. FRANCISCA.

Ahí, en ese cuarto.

(Señalando al cuarto de doña Irene.)

D. CARLOS.

Sola?

D^a. FRANCISCA.

No señor.

D. CARLOS.

Estará en compañía del prometido esposo.

(Se acerca al cuarto de doña Irene, se de- tiene, y vuelve.)

Mejor... Pero ¿no hay nadie mas con ella?

D^a. FRANCISCA.

Nadie mas, solos están... ¿Qué pien- sa V. hacer?

D. CARLOS.

Si me dejase llevar de mi pasion y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad.... Pero tiempo hay.... Él tambien será hombre de honor, y no es justo insultarle porque quiere bien á una muger tan digna, de ser quie- da... Yo no conozco á su madre de V., ni... Vamos, ahora nada se puede ha- cer... Su decoro de V. merece la pri- mera atencion.

D^a. FRANCISCA.

Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

D. CARLOS.

No importa.

D^a. FRANCISCA.

Quiere que esta boda se celebre así que lleguemos á Madrid.

D. CARLOS.

Cual?... No. Eso no.

D^a. FRANCISCA.

Los dos están de acuerdo, y dicen.....

D. CARLOS.

Bien... Dirán... Pero no puede ser.

D^a. FRANCISCA.

Mi madre no me habla continuamente de otra materia. Me amenaza, me ha llenado de temor... Él insta por su parte, me ofrece tantas cosas, me.....

D. CARLOS.

¿Y V. que esperanza le da?... ¿Ha prometido quererle mucho?

D^a. FRANCISCA.

Ingrato!... ¿Pues no sabe V. que... Ingrato!

D. CARLOS.

Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

D^a. FRANCISCA.

Y el último.

D. CARLOS.

Y antes perderé la vida, que renunciar al lugar que tengo en ese corazón... Todo él es mio... ¿Digo bien? *(Asiéndola de las manos.)*

D^a. FRANCISCA.

¿Pues de quien ha de ser?

D. CARLOS.

Hermosa! ¡Que dulce esperanza me anima!... Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin, ya estoy aquí. ¿V. me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligación mil y mil veces prometida? Pues á eso mismo vengo yo... Si Vds. se van á Madrid mañana, yo voy también. Su madre

de V. sabrá quien soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso, á quien mas que tío, debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo mas inmediato ni mas querido que yo: es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para V. algun atractivo, esta circunstancia añadiría felicidades á nuestra union.

D^a. FRANCISCA.

¿Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo?

D. CARLOS.

Ya lo sé. La ambición no puede agitar á un alma tan inocente.

D^a. FRANCISCA.

Querer y ser querida... Ni apetezco más, ni conozco mayor fortuna.

D. CARLOS.

Ni hay otra... Pero V. debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra aflicción presente en durables dichas.

D^a. FRANCISCA.

¿Y qué se ha de hacer para que á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre?... ¡Me quiere tanto!... Si acabo de decirle que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamás; que siempre seré obediente y buena... ¡Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acerté á decirle... Yo no sé, no sé que camino ha de hallar V. para salir de estos ahogos.

D. CARLOS.

Yo le buscaré... ¿No tiene V. confianza en mí?

D^a. FRANCISCA.

¿Pues no he de tenerla? ¿Piensa V. que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿qué había yo de hacer? Si V. no hubiese veni-

D^a. FRANCISCA.

Hasta mañana.

D. CARLOS.

A Dios, Paquita.

D^a. FRANCISCA.

Acuéstese V., y descanse.

D. CARLOS.

¿Descansar con celos?

D^a. FRANCISCA.

¿De quien?

D. CARLOS.

Buenas noches... Duerma V. bien, Paquita.

D^a. FRANCISCA.

¿Dormir con amor?

D. CARLOS.

A Dios, vida mia.

D^a. FRANCISCA.

A Dios.

(Entrase al cuarto de doña Irene.)

ESCENA IX.

DON CARLOS, CALAMOCHA, RITA.

D. CARLOS, paseándose con inquietud.

Quitármela! No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio repugnándolo su hija... mediando yo... ¡Sesenta años!... Precisamente será muy rico... ¡El dinero!... Maldito el sea, que tantos desórdenes origina.

CALAMOCHA, saliendo por la puerta del foro.

Pues señor, tenemos un medio cabrito asado, y... A lo menos parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anapelos ni otra materia estraña, bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay mas que pedir. Pan de Meco, vino de la Tercia... Con que si hemos de cenar y dormir, me parece que sería bueno...

do, mis melancolias me hubieran muerto, sin tener á quien volver los ojos, ni poder comunicar á nadie la causa de ellas... Pero V. ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere.

(Se enterneca y llora.)

D. CARLOS.

¡Que llanto!... ¡Como persuade!.. Si, Paquita, yo solo basto para defenderla á V. de cuantos quieren oprimirla. A un amante favorecido ¿quien puede oponersele? Nada hay que temer.

D^a. FRANCISCA.

¿Es posible?

D. CARLOS.

Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y solo la muerte bastará á dividirlos.

ESCENA VIII.

RITA, DON CARLOS, DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita, adentro. La mamá pregunta por V. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante.. Y V., señor galan, ya puede también disponer de su persona.

D. CARLOS.

Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

D^a. FRANCISCA.

Ni yo.

D. CARLOS.

Hasta mañana. Con la luz del día veremos á este dichoso competidor.

RITA.

Un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente; con su chupa larga, su camisola limpia, y sus sesenta años debajo del peluquín.

(Se va por la puerta del foro.)

D. CARLOS.

Vamos... ¿Y adonde ha de ser?

CALAMOCHA.

Abajo... Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de herrador.

RITA, saliendo por la puerta del foro con unos platos, taza, cucharas y servilleta.

¿Quien quiere sopas?

D. CARLOS.

Buen provecho.

CALAMOCHA.

Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

RITA.

La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero lo agradece, señor militar.

(Entrase en el cuarto de doña Irene.)

CALAMOCHA.

Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

D. CARLOS.

¿Con que vamos?

CALAMOCHA.

Ay! ay! ay! (Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve: se acerca á don Carlos, y hablan con reserva hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.) Eh! chit, digo...

D. CARLOS.

Qué?

CALAMOCHA.

¿No ve V. lo que viene por allí?

D. CARLOS.

¿Es Simon?

CALAMOCHA.

El mismo... Pero ¿quien diablos le...?

D. CARLOS.

¿Y que haremos?

CALAMOCHA.

¿Qué sé yo?... Sonsacarle, mentir

y... ¿Me da V. licencia para que...?

D. CARLOS.

Si, miente lo que quieras... ¿A qué habrá venido este hombre?

ESCENA X.

SIMON, CALAMOCHA, DON CARLOS.

(Sale Simon por la puerta del foro.)

CALAMOCHA.

Simon, ¿tú por aquí?

SIMON.

A Dios, Calamocha. ¿Como va?

CALAMOCHA.

Lindamente.

SIMON.

¿Cuanto me alegro de...

D. CARLOS.

¿Hombre, tú en Alcalá! ¿Pues que novedad es esta?

SIMON.

Oh! que estaba V. ahí, señorito! ¿Voto á sanes!

D. CARLOS.

¿Y mi tío?

SIMON.

Tan bueno.

CALAMOCHA.

¿Pero se ha quedado en Madrid, ó...

SIMON.

¿Quien me habia de decir á mi... ¿Cosa como ella! Tan ageno estaba yo ahora de... Y V. de cada vez mas guapo... ¿Con que V. irá á ver al tío, eh?

CALAMOCHA.

Tú habrás venido con algun cargo del amo.

SIMON.

¿Y que calor traje, y que polvo por ese camino! Ya, ya!

CALAMOCHA.

¿Alguna cobranza tal vez, eh?

D. CARLOS.

Puede ser. Como tiene mi tío ese poco de hacienda en Ajalvir... ¿No has venido á eso?

SIMON.

¿Y que buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego mas marrullero y mas bellaco no le hay en toda la campiña... ¿Con que V. viene ahora de Zaragoza?

D. CARLOS.

Pues... Figúrate tú.

SIMON.

¿O va V. allá?

D. CARLOS.

Adonde?

SIMON.

A Zaragoza. ¿No está allí el regimiento?

CALAMOCHA.

Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, ¿no habiamos de haber andado mas de cuatro leguas?

SIMON.

¿Qué sé yo? Algunos van por la posta y tardan mas de cuatro meses en llegar... Debe de ser un camino muy malo.

CALAMOCHA, aparte separándose de Simon.

¡Maldito seas tú, y tu camino, y la bribona que te dió papilla!

D. CARLOS.

Pero aun no me has dicho si mi tío está en Madrid ó en Alcalá, ni á que has venido, ni...

SIMON.

Bien, á eso voy... Si señor, voy á decir á V.... Con que... Pues el amo me dijo...

ESCENA XI.

DON DIEGO, DON CARLOS, SIMON, CALAMOCHA.

D. DIEGO, desde adentro.

No, no es menester: si hay luz aquí. Buenas noches, Rita.

(Don Carlos se turba, y se aparta á un extremo del teatro.)

D. CARLOS.

¿Mi tío!...

(Sale don Diego del cuarto de doña Irene encaminándose al suyo: repara en don Carlos y se acerca á él. Simon le alumbra, y vuelve á dejar la luz sobre la mesa.)

D. DIEGO.

Simon!

SIMON.

Aquí estoy, señor.

D. CARLOS.

¿Todo se ha perdido!

D. DIEGO.

Vamos... Pero... ¿Quien es?

SIMON.

Un amigo de V., señor.

D. CARLOS.

Yo estoy muerto.

D. DIEGO.

¿Cómo un amigo?... Qué?... Acerca esa luz.

D. CARLOS.

Tío!

(En ademan de besarle la mano á don Diego, que le aparta de sí con enojo.)

D. DIEGO.

Quitate de ahí.

D. CARLOS.

Señor!

D. DIEGO.

Quitate. No sé como no le... ¿Que haces aquí?

D. CARLOS.

Si V. se altera y...

D. DIEGO.

¿Que haces aquí?

D. CARLOS.

Mi desgracia me ha traído.

D. DIEGO.

¡Siempre dándome que sentir, siempre! Pero... (*Acercándose á don Carlos.*) ¿Qué dices? De veras, ¿ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... ¿Qué te sucede?... ¿Porque estás aquí?

CALAMOCHA.

Porque le tiene á V. ley, y le quiere bien, y...

D. DIEGO.

A ti no te pregunto nada. ¿Porque has venido de Zaragoza sin que yo lo sepa?... ¿Porque te asusta el verme?... Algo has hecho: sí, alguna locura has hecho que le habrá de costar la vida á tu pobre tío.

D. CARLOS.

No señor, que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que V. me ha inspirado tantas veces.

D. DIEGO.

¿Pues á qué viniste?... ¿Es desafío? ¿Son deudas? ¿Es algun disgusto con tus gefes?... Sácame de esta inquietud, Carlos... Hijo mío, sácame de este afán.

CALAMOCHA.

Si todo ello no es mas que...

D. DIEGO.

Ya he dicho que calles... Ven acá. (*Asiendo de una mano á don Carlos, se aparta con él á un extremo del teatro, y le habla en voz baja.*) Dime qué ha sido.

D. CARLOS.

Una ligereza, una falta de sumisión á V. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le he dado al verme.

D. DIEGO.

¿Y que otra cosa hay?

D. CARLOS.

Nada mas señor.

D. DIEGO.

¿Pues que desgracia era aquella de que me hablaste?

D. CARLOS.

Ninguna. La de hallarle á V. en este paraje... y haberle disgustado tanto, cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

D. DIEGO.

¿No hay mas?

D. CARLOS.

No señor.

D. DIEGO.

Míralo bien.

D. CARLOS.

No señor... A eso venia. No hay nada mas.

D. DIEGO.

Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No señor... ¿Ni quien ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, á Dios disciplina militar.... Vamos.... Eso no puede ser.

D. CARLOS.

Considere V., tío, que estamos en tiempo de paz; que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas, en que no se permite descanso á la guarnicion... Y en fin, puede V. creer que este viaje supone la aprobacion y la licencia de mis superiores; que yo tambien miro por mi estimacion, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

D. DIEGO.

Un oficial siempre hace falta á sus

soldados. El Rey le tiene allí para que los instruya, los proteja y les dé ejemplos de subordinacion, de valor, de virtud...

D. CARLOS.

Bien está, pero ya he dicho los motivos...

D. DIEGO.

Todos estos motivos no valen nada... ¡Porque le dió la gana de ver al tío!... Lo que quiere su tío de V. no es verle cada ocho dias, sino saber que es hombre de juicio y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero (*Alza la voz, y se pasea inquieto.*) yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que V. ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

D. CARLOS.

Señor, sí...

D. DIEGO.

No hay remedio... Y ha de ser al instante. V. no ha de dormir aquí.

CALAMOCHA.

Es que los caballos no están ahora para correr... ni pueden moverse.

D. DIEGO.

Pues con ellos (*A Calamocha.*) y con las maletas al meson de afuera... V. (*A don Carlos.*) no ha de dormir aquí... Vamos (*A Calamocha.*) tú buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos, y marchar... Ayúdame tú... (*A Simon.*) ¿Que dinero tienes ahí?

SIMON.

Tendré unas cuatro ó seis onzas. (*Saca de un bolsillo algunas monedas, y se las da á don Diego.*)

D. DIEGO.

Dámelas acá. Vamos, ¿qué haces?... (*A Calamocha.*) ¿No he dicho que ha

de ser al instante?... Volando. Y tú (*A Simon.*) vé con él, ayúdame, y no te me apartes de allí hasta que se hayan ido.

(*Los dos criados entran en el cuarto de don Carlos.*)

ESCENA XII.

DON DIEGO, DON CARLOS.

D. DIEGO.

Tome V. (*Le da el dinero.*) Con eso hay bastante para el camino.... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre; y en obrando tú segun corresponde, seré tu amigo como lo he sido hasta aquí.

D. CARLOS.

Ya lo sé.

D. DIEGO.

Pues bien: ahora obedece lo que te mando.

D. CARLOS.

Lo haré sin falta.

D. DIEGO.

Al meson de afuera. (*A los dos criados, que salen con los trastos del cuarto de don Carlos, y se van por la puerta del foro.*) Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y descansan... Y no me vuelvas aquí por ningun pretexto, ni entres en la ciudad... cuidado. Y á eso de las tres ó las cuatro marchar. Mira que he de saber á la hora que sales. ¿Lo entiendes?

D. CARLOS.

Si señor.

D. DIEGO.

Mira que lo has de hacer.